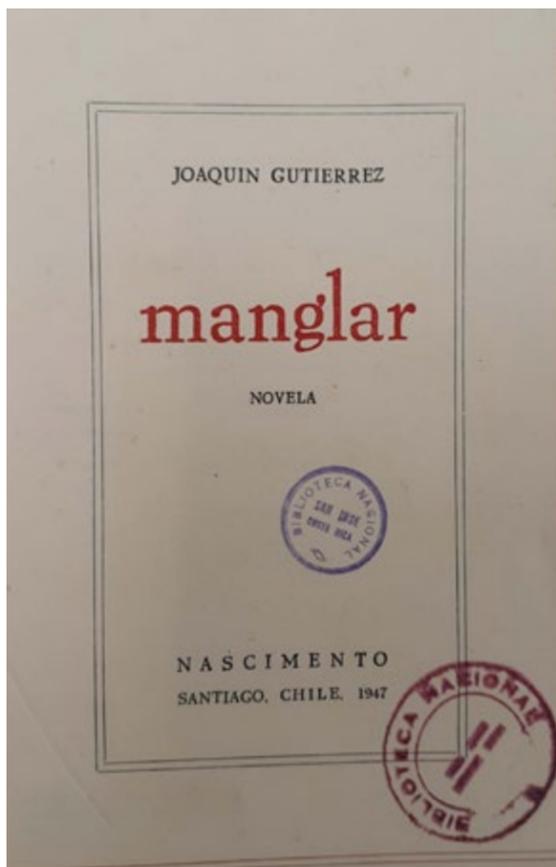


Joaquín Gutiérrez



Gutiérrez se inició, hace diez años, en las letras nacionales con un libro de poesía al que siguió, pocos meses después, otro interesante volumen, Jicaral. Permaneció en silencio germinador hasta el año cuarenta y siete, Nos regala con su primera novela, para grandes, Manglar Y” con su relato, para almas infantiles Cocorí ambas editadas en Santiago de Chile. La segunda mereció el primer premio en el concurso de novelas para niños convocado por la Editorial Rapa Nui de la capital chilena.

Es Manglar un monumento de la vida de una muchacha costarricense a quien la dureza de la vida orienta, sin quererlo, hacia las actividades del magisterio, tan saturadas de tragedia en un país como el nuestro que se Vanagloria de tener un número mayor de maestros que de militares.

Cecilia Morales, hija de la capital, se dirige a la provincia de Guanacaste en busca de un pueblecito, casi ignorado, en cuya escuela ha de actuar como educadora. Aquel trabajo, para el que se siente bien preparada, le sirve de evasión de la realidad que no logró obtener en su misma población y mucho menos en su mismo hogar.

Siente impulso de huir de algo, hasta de su pronta personalidad. Comprende que la vida es un dédalo de existencia no duda ni un momento. Necesita, le urge, encontrar una salida. Cree hallarla en las modestas funciones de maestra rural.

Su vida, tan corta aún, es un sentirse constantemente orientada por una prisa nunca satisfecha que la satura de una sofocación penosa. Se cree perseguida. ¿Por quién? ¿Será por el simple placer de considerarse objeto de persecución sin serio?

Hay en su espíritu un manglar infinito, con sus senderos de agua entrelazadas, todos iguales, retorcidos todos, como lo están las raíces desnudas que emergen, como sin querer, en las horas angustiosas de la bajar.

Es un alma femenina a la que todos se creen en la obligación de dar consejos. Acá, una mujer de mundo, una mujer de todos, le dice que, ante las cosas de la vida, es preciso ahuecar

el alma y resignarse. No hay que tomar las inquietudes de la existencia tan apecho. Todo hay que saberlo recibir.

Allá, el padre mismo, le aconseja vivir, vivir sencillamente porque quien reflexiona, ya no está viviendo sino pecando. Mientras no se reflexiona, el destino ha de ser el único culpable. Todo, las angustias, los odios, los rencores, los sufrimientos, todo debemos convertirlo en inconciencia para no reflexionar acerca de ello. Dejar, entonces, que los instintos actúen en obediencia “a los secretos dictados del destino.

El hermano le dice: hay que forjarse una personalidad. ¿Cómo? ¿Saturada de ternura? ¡No! Eso es solo para los sentimentales. ¡Lo único válido es el cinismo!

Como maestra mal orientada por la educación recibida, es amiga de hacer literatura con sus alegrías y, peor aún, con sus inquietudes íntimas.

Un alumno de edad superior a la escolar, Pedro Grajales, el indio Grajales, despierta en ella sentimientos desconocidos. Él simboliza su pueblo, arañado hasta los huesos por la tragedia que nunca se acaba y que todo lo transforma en terrores, en angustias, en odios, algunas veces.

En un baile, el ritmo de la música acelerado por las íntimas ansiedades, incita a Grajales a abrazarla con viriles energías, como insinuando lo que él ansía y lo que ella espera y teme. El temor es más fuerte que la esperanza. Cecilia huye del baile. Se aleja del pueblecito perdido en la montaña. Vuelve a la capital sin despejar las incógnitas escondidas en las almas ajenas y en la propia, también, lo que para ella resulta desesperante.

En la ciudad se pone al servicio del partido de su hermano como enfermera voluntaria. Su pensamiento se orienta con frecuencia hacia Grajales, el alumno que no toleraba que otro pudiera convertirse en foco de atención mucho menos al utilizar para ello un gesto de osadía.

La llamaron valiente al verla actuar en el centro de un vendaval de odios políticos. ¿Valiente ella? ¿No había regresado a la capital por simple cobardía? ¿No tuvo miedo a la propia debilidad? ¿No huyó ante la idea de caer, por su propia voluntad, en los brazos protectores y voladores, a un tiempo mismo, del fuerte Grajales?

Estando al servicio del partido, fue escogida en compañía de una camarada desconocida, para fundar, en una hacienda cercana, un sindicato agrícola.

La noche, la lluvia, el cansancio, todo se prestó para que Cecilia entregara su cuerpo al hombre que sorprendió al darse cuenta de que, la mujer que tan fácilmente se le entregaba, era virgen todavía.

¿Fue curiosidad corporal irresistible? ¿Fueron deseos desconocidos? ¿Era, aquella caída, consecuencia de los cínicos consejos del hermano? ¿Era el no pensar el dejar hacer al destino, como el padre insinuaba?

Hecha mujer, vuelve la vista hacia el Guanacaste lejano. Emprende el viaje para buscar el indio Grajales de quien ha de ser amante deliciosa, después de haber sido iniciada por un desconocido.

La psicología de la muchacha está bien expuesta. Al su lado, se mueve otro personaje de perfecta descripción.

El estilo es de un corte especial. De acuerdo con la fuerte trama del libro.